



## MARGAS REFLEXIONES

Era al atardecer, mientras la luz del sol se derretía en el toque de queda y la tristeza de los campos solitarios subía, como una marea, a ceñir a la ciudad dorada en cuyas torres no posan ni paran las cigüeñas. Las cigüeñas buscan para anidar humildes campanarios lugareños desde donde sin riesgo pueden ir a las charlas a por sustento para su cría. Ni se oye aquí a la alondra. Cruzan y entrecruzan, en cambio, este cielo enmarcado entre torres y chapiteles los vencejos, los de siempre, a caza de mosquitos. Y esta es nuestra historia cotidiana.

Y pensaba — soñaba más bien — en la desierta pesadumbre de nuestra vida popular, que no por eso pública. Hace poco que se han celebrado elecciones de diputados provinciales y con ellas cayó sobre los pueblos como una nube de la más espesa y apretada ramplenería. Y en esa nube, agarrada al más bajo suelo, venía semilla de roña, de lo que los labriegos llaman «niebla». ¡Y a esto le llaman algunos política y vida pública!

Y pensaba — soñaba más bien — en eso que dicen de hacer opinión, de acercarse al pueblo, de hablarle en su lengua. ¡Pero no! Porque primero hay que abrirle las puertas de los oídos. ¿Cómo? Acaso no con palabras. Los tienen acolchados y hay que batirlos como un marragueno la lana.

¡Y luego el mito del cacique!... Porque el cacique es con harta triste frecuencia un mito. Y el mito es peor en este caso que la historia. Le ha inventado la pavorosa pereza de los pueblos; con haber pobre diablo que se encuentra un día sorprendido al oír que le declaran por aclamación cacique y le acumulan milagros cuya virtud no sintió en sí mismo que saliera de él. «Pero hice yo eso? — se pregunta atontado. Va a ver una explicación cómoda de lo que pasa y algo así como la pobre vieja declarada bruja, a la que le cuelgan tanto mal de ojo sobre criaturas, y a la que un día los niños del villorrio azuzados por sus padres, apedrean. Ni falta quien, resignado o ambicioso de pronto, consiente en que fué él quien trajo, merced a su influencia con el santo patrono, la última lluvia a tiempo. Que es el cacique a menudo, como el saludador, una creación de la fantasía — ¡triste fantasía! — popular.

Conocimos un pobre hombre, maestro de escuela por más señas, que como se le diera en un concurso una plaza que de

riguroso derecho le correspondía, anduvo desalado en averiguamiento a qué recomendación lo debió para agradecerla debidamente. Porque él, pagano de fondo como los sayos casi todos, ni entendía de justicia no personificada y sin apellido, ni creía en ella. El Hado para ellos tiene cara y barbas y manos — ¡qué manos! — y boca, sobre todo boca.

No es que el pueblo no crea que hoy no se rinde justicia; es que no cree en la posibilidad de ésta; es que no tiene idea de la justicia. Resulta un concepto sobrado matemático, y sus cuentas son cuentas que se llevan con dedos de carne.

Lo fundamental no es ser hombre, es «tener hombre», otro de quien depender. ¿Quién dijo lo de «homo, homini lupus», el hombre es lobo para el hombre? ¿Hobbes? Si Hobbes viviera aquí cambiaría diciendo «homo, omni agnus», el hombre es cordero para el hombre. Y ni cordero, sino horrico. Anda buscando a qué prójimo llevarle a cuestras. Con tal de que le dé pino y le pegue de fuste. El hombre es por naturaleza servil y sólo la historia le hace — cuando le haga — libre y liberal. Uno de los gritos que le salen más de lo hondo es aquel de «¡vivan las cadenas!»

«Las desgracias vienen a ventregadas» — dicen por aquí los lugareños y campesinos, y cuando hay en la tormenta un claro, cuando gozan una temporada de alivio en sus trabajos, ya no saben adónde ampararse y sienten la soledad.

¿Y de este pueblo hay quien espera revolución histórica? Hay que dársela hecha. Acaso revuelta natural, que es muy otra cosa, y para buscarse otra jaula que le ahorre de tener que volar, otro establo que le evite tener que ir de montañera. Si alguna vez salen, en tropel, de campaña, no hay sino tocarles la dzaina, como según Carén de Lampsaco, el logógrafo, a los caballos a que los Cardianos acostumbraban enseñar a bailar al son de la flauta, y ¡adiós refriega!, se resuelve en baile.

¿El remedio? Hacer lo que haya que hacer sin contar antes con ellos y dárselo hecho. De otro modo ni crean en uno. Porque es lo que le decía aquél al médico: «¡Usted cútreme, si puede, pero no me muela ya más a preguntas!» O lo del alcalde aldeano, que al decirle un joven médico que no podía seguir paseando con él, pues iba a estudiar, le dijo: «¡Pero todavía tiene usted que estudiar? ¡Pobre de mí si me cogo mañana la enfermedad que le toca a usted estudiar pasado mañana!»

Miguel de UNAMUNO.

